HIDROFOBIA: METODO DE PASTEUR PARA SU TRATAMIENTO Y REFLEXIONES

El mundo entero tiene hoy fija su atención en el tratamiento preventivo de la hidrofobia, según el método del infatigable y eminente Mr. Pasteur, y de todas partes acuden a París personas mordidas por perros rabiosos para someterse a su plan curativo, que consiste en una serie de inoculaciones rábicas, de virus obtenido por inoculaciones sucesivas en los conejos, de menor a mayor fuerza según los días que tenga la preparación, como puede verse en el interesante informe que traducimos del cablegrama publicado por el Herald, de esta ciudad, el 2 del presente mes y redactado por E. Wasserzuc, uno de los preparadores de Pasteur.

Toda la prensa de este país se está ocupando de tan importante asunto, con motivo de los niños mordidos por un perro rabioso en Newark, estado de New-Jersey, el mes próximo pasado, los que fueron enviados a Pasteur, quien los sometió a su tratamiento; en breve estarán de regreso en este país, habiendo ya salido de Francia en las mejores condiciones.

Es tal el entusiasmo aquí, que ya se ha proyectado e incorporado un establecimiento con el fin de continuar el método de Pasteur, denominándolo Instituto americano de Pasteur de la ciudad de Nueva York, donde serán tratados gratuitamente por medio de inoculaciones, con las variaciones y adelantos que la ciencia vaya haciendo, todas las personas amenazadas de hidrofobia, o de alguna otra enfermedad, en que el sistema de inoculación se encuentre aplicable. Nosotros tuvimos ocasión en la Habana, en abril de 1870, de observar un caso bien comprobado de hidrofobia con el Ledo. Chaple, en un hombre blanco de 55 años de edad, a los 40 días de mordido en la mano derecha por un perro rabioso, de su propiedad, habiendo fallecido con todos los signos de tan terrible enfermedad. Hoy seguimos con interés los laboriosos trabajos de Pasteur para curar la rabia, considerada hasta la fecha incurable por otros medios, no aventurándonos a emitir sobre su sistema una opinión positiva acerca de la influencia definitiva de sus inoculaciones en la especie humana, por estar en vía de experimentación. Pasteur no explica por qué el virus rábico disminuye en fuerza según los días que esté expuesto al aire seco; como tampoco por qué el que él llama número 1 es de mayor potencia

que el virus del perro rabioso: en el primer caso sus efectos se observan a los seis días, y en el segundo a los quince o veinte. También debe tenerse presente que el período de incubación del virus rábico dura más o menos tiempo, pues el mismo Pasteur admite que en algunos casos la rabia no se ha desarrollado hasta los dos años, y además es necesario recordar que no todos los que han sido atacados por un perro rabioso, han tenido la enfermedad, ya por su idiosincrasia u otras razones, como sucede con la viruela, escarlatina, etc., de modo que, para decidir sobre el valor del método de Pasteur, es preciso esperar el resultado de los casos que ha tratado hasta la fecha, como él mismo ha manifestado últimamente; cuando le indicaron que se iba a establecer en esta ciudad un instituto para inocular la rabia dijo: (*ils vont trop vite*) van demasiado pronto, esperen por lo menos hasta marzo, cuando la serie de los experimentos ya comenzados permitan dar a conocer hechos más especificados y detallados. En todos los casos sospechosos debe conservarse el perro que haya mordido a alguna persona, para que la observación sea más exacta, y no proceder como creen algunos, que muerto el perro se acabó la rabia.

En la primavera de 1884 (junio) emprendió Pasteur su tratamiento con un niño de 12 años de edad, de Alsacia, llamado Meister, que recibió catorce mordidas; lo examinó también el distinguido Dr. Vulpian, y hecha la autopsia del perro, no dejó duda que padecía de hidrofobia; a dicho niño se le hicieron trece inoculaciones, siendo la última con el caldo preparado de la médula de un día.

Citaremos los tres niños de Turcoing, cerca de la frontera belga, que fueron mordidos por un perro rabioso: a los tres se le cauterizaron las heridas; dos de ellos, cuyas heridas eran ligeras, se quedaron en su país y fallecieron con todos los signos de hidrofobia, mientras que el tercero, que fue el peor mordido, se lo enviaron a Pasteur, quien lo sometió a su tratamiento, y hasta la fecha continúa bien. Además mencionaremos el caso de la joven que, después de hecha la primera inoculación en el laboratorio de Pasteur por haber sido mordida por un perro rabioso, murió con todos los signos de la hidrofobia.

Mr. Pasteur manifestó al corresponsal del Herald, al entregarle el informe que incluimos a continuación, que como recibe incesantemente telegramas y cartas de todas partes del mundo sobre la creación de establecimientos para la prevención de la rabia en los países extranjeros, había rogado a M. Wasserzug que incluyese también en el informe su opinión en este asunto, y de este modo respondió de una vez por todas a las numerosas preguntas que le dirigían de América y otras partes.

El informe es como sigue: Todo el mundo sabe que cuatro niños de Newark, mordidos el 2 de diciembre de 1885 por un perro rabioso, fueron enviados a Francia para ser sometidos al tratamiento de M. Pasteur contra la rabia. Desde entonces otro enfermo llamado Kaufmann llegó de América, y no será probablemente el último que venga a solicitar los socorros del sabio francés contra un mal hasta ahora incurable. No es

inútil indicar de una manera precisa, según los datos tomados en el laboratorio de M. Pasteur, el modo de tratar las personas que han sido mordidas, bastando seguir lo que se ha hecho en los cuatro niños llegados a París el 21 de diciembre, los que fueron conducidos al laboratorio, calle de Ulm, y Mr. Pasteur declaró estar listo para inocularlos inmediatamente, aunque las inoculaciones se hacen ordinariamente a las once de la mañana todos los días por el Dr. Grancher, profesor de la Facultad de Medicina de París, por no tener M. Pasteur grado de Doctor en Medicina, y no poder, según la ley francesa, tratar ningún enfermo humano ni hacer una operación quirúrgica en el hombre, por no poder legalmente practicar él la inoculación.

La materia que se emplea para inocular se compone de caldo de ternera perfectamente puro y exento de microbios y en el que se ha diluido un poco de médula rábica del conejo, teniendo cuidado de preparar esmeradamente el caldo y la médula. El caldo se prepara, según procedimientos bien conocidos, con la carne de ternera que se hace cocer en el agua, enseguida se coloca en balones de vidrio de cuello largo que se cierran herméticamente, calentando el cuello a la lámpara, y estos balones se les tiene después, durante media hora, sometidos a 115 grados centígrados bajo una presión en un autoclave análogo a la marmita de Papin y de los médicos. Esta ebullición tiene por objeto destruir del todo los gérmenes que el caldo pueda contener, y para más seguridad se dejan enseguida los balones en la estufa a 35 grados; los gérmenes se desarrollan si la esterilización no se ha acabado, y el caldo se enturbia; cuando está claro, se puede colocarlo en otros pequeños balones conocidos con el nombre de "balones de Pasteur", o en una vasija cualquiera, teniendo cuidado de que estén perfectamente limpias.

Con el fin de obtener la médula, se hace la trepanación diariamente en el laboratorio, de dos conejos cuando menos, para lo cual se extiende el animal sobre una tabla de disección, atándola sólidamente los cuatro miembros, y se le duerme haciéndole respirar el cloroformo, lo que se conoce cuando su respiración se hace con regularidad, y habiendo perdido el conocimiento no puede oponerse a esta respiración por movimientos con sacudidas. Se divide entonces la piel del cráneo en la parte superior longitudinalmente, se le corta con un instrumento quirúrgico, llamado trépano, una rodaja del cráneo, teniendo cuidado de no tocar las membranas del encéfalo, para lo cual se necesita mucha habilidad, que se adquiere con el hábito. Hecho esto, se inyecta por medio de una pequeña jeringa de Pravaz, inyectándole debajo de la primera membrana, o dura madre, un poco de caldo rábico que se ha tenido conservado, se cose la piel y se deja que el conejo se despierte. Al despertarse se encuentra tan indiferente como antes de la operación, y después de la inoculación de un caldo muy virulento, la rabia se declara con seguridad a los seis días, y dos o tres días después el animal muere a consecuencia de una parálisis completa; entonces se toma su médula, teniendo cuidado de que no se le introduzca ningún germen extraño, y se le sus-

pende en pomos especiales bien esterilizados y llenos de potasa cáustica para desecar bien el aire interior. Estos pomos se colocan en un cuarto cuya temperatura constante tiene por objeto la atenuación del virus rábico contenido en estas médulas, según el tiempo que estén expuestas al aire seco: por ejemplo, en uno, dos, tres, diez, quince días, se tiene lo que Mr. Pasteur llama "médula de uno, dos, diez o quince días, de menos en menos virulentas". Cuando se requiere emplearlas, se cortan ruedas de un centímetro poco más o menos, que se mezclan en un vaso con caldo en cantidad suficiente para que pueda servir a tres o cuatro personas.

La primera tarde cada niño recibió media jeringa de Pravaz de caldo con la médula de trece días, y a un adulto se le inyecta cada veas tres cuartos de jeringa o una entera; al día siguiente, a las once de la mañana, cada niño recibió media jeringa del caldo de médula de 12 días, y desde el segundo día vienen todas las mañanas para que les haga la inoculación; diariamente se emplea la médula de menos tiempo, y de este modo se llega a inocular al cabo de diez u once días, poco más o menos, médula de uno o dos días que con certeza da la rabia a un conejo por trepanación a los seis días, lo que no hará ningún daño a los niños y por el contrario los curará, pues las inoculaciones anteriores los han preparado a recibir sin inconveniente la médula más virulenta. La primera médula de trece días no matará un conejo, la de seis o siete los mata al cabo de quince días y no hace nada al niño; el tratamiento dura poco más o menos diez días.

La inoculación se hace sin provocar otro dolor que el producido por la picada de una aguja que se introduce en la piel hacia el costado, un día a la derecha y el otro a la izquierda, y al cabo de algunos días los niños soportan las picaduras sin llorar, no produce ninguna inflamación ni coloración de la piel, a no ser el último día después de la inoculación de la médula más virulenta, pero no es dolorosa. Durante el tratamiento los enfermos pueden salir y hacer lo que les plazca, no entregándose a ningún exceso.

El método de Mr. Pasteur consiste, pues, en inocular en el organismo un virus que se desarrolla más pronto que el virus dado por el perro rabioso: este último, en efecto, se desarrolla lo más pronto en los conejos por trepanación, a los quince o veinte días, y el de Mr. Pasteur a los seis. Cuando el tratamiento se hace a tiempo, el virus inoculado impide el desarrollo del virus rábico y por consiguiente lo hace inofensivo. A menudo el tratamiento no será demasiado tarde, pues se citan casos de incubación natural en la rabia de dos años antes de manifestarse; por término medio, la rabia se declara por lo menos a los cuarenta días, de modo que se tiene tiempo para venir a hacerse tratar por Mr. Pasteur después de la mordida. ¿No sería ventajoso, en lugar de venir de todas las partes del mundo a donde está Mr. Pasteur, que cada país, la América en particular, poseyese un hospital especial para los rabiosos? Nosotros tenemos la opinión del ilustre sabio. Muchas ciudades de Francia y del extranjero, nos dice Mr. Pasteur, le han pedido crear establecimientos

para la aplicación de su tratamiento preventivo contra la rabia; la fundación de estos establecimientos por ahora es prematura, bastando en todo caso uno en cada país como Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos. Los pobres serían llevados por cuenta de las municipalidades, que los proveerían de lo que necesitasen durante su permanencia, y hasta un establecimiento solo en París, bastaría para toda la Europa. Mr. Pasteur insiste mucho sobre este particular: las observaciones hechas hasta hoy en cerca de 150 personas (125 se han inoculado en el laboratorio y su número aumenta diariamente) han demostrado que el tratamiento preferido con certeza es el aplicado inmediatamente después de la mordida, siendo todavía eficaz cuando la mordida ha tenido lugar quince días antes, poco más o menos, aunque no haya habido cauterización; si esto sucede, lo que se puede esperar, se vé que pueden venir a París aún bastante pronto, de la América como de las fronteras de Rusia. Los gastos de viaje de todos los enfermos serán menos elevados que los que se necesitan para la creación de los hospitales. Además esta creación no puede hacerse inmediatamente por muchas razones. Si se quisiese obtener el virus de Pasteur, bien que el método sea muy simple y muy práctico, se necesita más de dos años para esto: en efecto, Mr. Pasteur ha comenzado con la rabia del perro que mata un conejo en quince días, el minimum; pasando de conejo a conejo ha obtenido médulas matándolos a los doce días, después a los ocho, después de veinte a veinticuatro pases de conejo a conejo, resultado que exige cerca de un año de continuados experimentos; se mantienen durante veinte o veinte y cinco pases, y se llega a matar al cabo de los siete días, lo que mantiene hasta los noventa pases. Mr. Pasteur se encuentra hasta la fecha en el nonagésimo nono pase y la incubación es de seis días; comenzó estos experimentos en noviembre de 1882, y han durado tres años. Podrá ciertamente mandar médulas rábicas, lo que al presente no podría hacerse: pero sobre todo el gran inconveniente es que no existe fuera de París y su laboratorio una sola persona en el mundo capaz de emprender con seguridad el tratamiento. Es necesario tener una casa especial, un número considerable de animales y sobre todo un personal infatigable y seguro, pues es necesario estar siempre preparados todos los días del año para comenzar uno o muchos tratamientos. “Jamás el descanso”, dice Mr. Pasteur, a no ser para él, que no conoce la fatiga: sería indispensable tener uno o más directores del hospital y muchos médicos para inocular; en fin, un personal muy numeroso que es imposible preparar en pocos días; y la menor imprudencia, aun involuntaria, tendría las más terribles consecuencias, que la menor sería matar a los enfermos en vez de curarlos.

En resumen, dice Mr. Pasteur, “para la seguridad perfecta de las operaciones, la creación inmediata de establecimientos en el extranjero, de momento, es imposible”; opina que no hay necesidad más que de un solo establecimiento, y que un hospital en París bastaría para el

mundo entero. Real Academia de Ciencias de la Habana, sesión del 24 de enero de 1886.

DE LA RETENCION DE ORINA DEBIDA A LA HIPERTROFIA DE LA PROSTATA Y DE SU TRATAMIENTO

Reimpreso de "La Abeja Médica" de la Habana. Mayo 30 de 1892.

El estudio de la retención de orina, es de gran importancia, por su frecuencia, por los accidentes que ocasiona y los sufrimientos que experimentan los enfermos, no siendo más que un síntoma que adquiere tal intensidad, que no solamente perturba una función, sino que a veces la hace imposible, difícil de combatir en muchos casos, requiriéndose de parte del cirujano, habilidad y prudencia en el tratamiento; la retención puede ser completa o incompleta, es decir, cuando ni una gota de orina sale por la uretra o cuando pasa en pequeña cantidad, o gota a gota.

Diversas son las causas que producen la retención de orina, las inflamaciones y abscesos de la parte profunda de la uretra, parálisis de la vejiga debida a las afecciones de los centros nerviosos, cuerpos extraños o cálculos detenidos en la uretra, tumores en la pelvis, estrecheces de la uretra, tumores desarrollados en la vejiga o en la próstata, hipertrofia de la próstata, etc.

Larga sería nuestra tarea, si nos detuviéramos a considerar las diversas causas indicadas y el tratamiento que requiere cada una de ellas, nuestro objeto principal es ocuparnos aquí de la retención de orina debida a la hipertrofia de la próstata y de su tratamiento, por ser muy frecuente en los hombres de edad, como hemos tenido ocasión de observarlo y tratar en repetidos casos.

La próstata, está situada alrededor del cuello de la vejiga, su volumen varía según la edad y los individuos, rudimentaria en la niñez, pequeña en la pubertad, mayor en el adulto y más desarrollada después de los cincuenta años, compuesta de multitud de pequeñas glándulas de diferentes tamaños, de una trama muscular, vasos y nervios y una pequeña cantidad de tejido celular, su figura es la de una castaña, con dos lóbulos laterales y una porción media, su peso es como de media onza y según Cruveilhier sus dimensiones en el adulto, son de largo veinte y cuatro milímetros, de ancho de treinta y dos a treinta y cuatro y en su diámetro antero posterior de veinte y cuatro a treinta milímetros.